

"Relato de un soldado"

Por: De la Cruz

Categoría: Relato

Caminábamos con paso lento entre los escombros de la ciudad. Teníamos miedo, mirábamos todos los rincones que podían abarcar nuestra vista en busca de algún superviviente o, por desgracia, un enemigo dispuesto a cumplir con su deber. Estaba todo destruido, los bombarderos hicieron bien su trabajo. Nadie tenía las esperanzas de encontrar algo vivo con buenas intenciones. El silencio era total y estremecedor, tan solo resonaba a lo lejos el eco de los escombros cayéndose a pedazos y las pisadas de mis compañeros avanzando poco a poco. Ese silencio podría destrozar lo poco que te quedaba de tu alma en ese momento.

El general de pelotón nos hizo una señal con la mano, indicando que íbamos a descansar por un rato, todos dimos un respiro. La zona donde habíamos parado era un claro de calzada entre edificios derruidos. Cada uno se sentó donde pudo, sin hablar, sin chistes de los que solíamos hacer para intentar ocultar el terror que sentíamos, tan solo se escuchaban murmullos y tos, mucha tos. Cada cual intentaba evadir su mente de la durísima realidad. Unos limpiaban sus armas, otros se quitaban las botas para que sus pies no acaben pudriéndose antes que su corazón, y otros se limitaban a observar el tétrico panorama que nos rodeaba, con la mirada perdida, como si hubiera algo más entre los muros de ladrillo desparramados por el suelo, la libertad, quizás. No obstante, todos sentíamos que la muerte estaba en cualquier rincón de la ciudad.

Yo decidí sacar mi canica de la suerte, me la dio mi hermano pequeño antes de que partiera a este infierno. Siempre intentaba sacarle brillo, poder devolverle la canica a mi hermano era el único pensamiento que me daba fuerzas para seguir adelante y sobrevivir.

Saqué un paño que una vez fue de color blanco y comencé a limpiar la canica, mientras tanto, contemplaba a mis compañeros, destrozados, manchados de sangre y barro, tanto como yo. Odiaba estar allí, odiaba todo aquello, lo odiábamos todos incluso hasta el general, pero no podíamos hacer otra cosa. Cada uno se agarraba a lo poco que tenía, otros no podían más y el miedo les consumía poco a poco hasta que acababan siendo pasto de las balas. Si no te agarras a algo, pereces. Esa filosofía estará siempre en mi mente todo lo que dure esta maldita guerra.

Mientras andaba jugando con mi hermano y comiendo con nuestra madre, en la frondosidad de mi mente, la canica se resbaló de mi mano y cayó al suelo dando unos

botes que la colaron en unos escombros que tenia a unos cuantos pasos de mí. Me levanté temeroso a buscar la canica, si la perdía, lo perdería todo.

~
1

Caminé hasta donde vi creer que había caído, empecé a quitar maderas y ladrillos, escarbando tierra sin lograr nada. Seguí apartando piedras cada vez con más ansiedad, no podía perder esa canica. Al levantar un bloque de ladrillo, encontré algo que me impresionó. Era un libro, un pequeño diario de un chico de dieciséis años. Me agaché para coger el libro, no esperaba encontrar algo así en un lugar tan muerto. Lo miré de reojo, estaba lleno de polvo, lo sacudí un poco y lo abrí con cuidado. Se podía leer perfectamente, pero no era el momento ahora, lo cerré y lo guardé en mi chaqueta.

Al poco rato de encontrar el diario, encontré la canica. Sentí un alivio por todo el cuerpo. Volví donde estaba sentado, alcé la vista para ver si alguno de mis compañeros me observaba. Viendo que nadie posaba sus ojos en mí, abrí el libro dispuesto a leerlo. La curiosidad me carcomía.

31 de agosto de 1939-

"Esta mañana he ido con padre y mi fiel mastín, Sultán, a sacar el ganado para que pueda pastar. Esta vez padre me llevó a una colina donde se podía ver toda la ciudad de Varsovia. Me encantaba ese paisaje, estuve observándolo hasta que me percaté de que Sultán estaba muy intranquilo y mirando la ciudad con las orejas apuntando al cielo. Fui donde estaba él para acariciarlo, a ver si se tranquilizaba, pero tan solo di dos pasos cuando escuché un estruendo muy fuerte. Padre me miró como si hubiera escuchado el sonido más horroroso del mundo. Sultán empezó a ladrar sin perder de vista la ciudad, de pronto vi una columna de humo.

Otro estruendo volvió a resonar por todo el valle, Padre y yo nos miramos con miedo, después se escucharon las balas rasgando el aire a su paso. Comenzamos a correr, sabíamos que nada bueno estaba pasando. Di un silbido y Sultán se unió a nosotros junto con el ganado. Llegamos a casa exhaustos y madre estaba aterrorizada, cogimos todo lo que pudimos y lo metimos en las maletas. Sobraban las palabras. Ahora estamos en casa de tío Jakub wozny, lejos de las bombas, los tanques y el horror, pero no lo suficientemente lejos. Creo que esta noche no dormirá nadie en esta casa. Mañana partiremos para salir de aquí. Dejo de escribir para irme con Sultán y mis padres al salón, tengo miedo.-

- 1 de septiembre de 1939"

—Hoy, de madrugada, nos despertaron el sonido de las bombas al caer. Era horrible, silbaban desde el cielo antes de estallar contra el suelo. Mi tío habla de escapar esta noche para emprender el camino a los puertos del Mar Negro en Bulgaria. Tenemos que llevarnos lo suficiente así que tendré que dejar aquí mi diario. Espero venir a recogerlo cuando esto acabe—.

Cerré el libro, leí lo suficiente como para que todo mi cuerpo se estremeciera y sintiera un fuerte odio y desprecio hacia mí y mi nación. Me levanté, volví a mirar si alguien me observaba y dejé el diario donde lo encontré. Espero que ese chico vuelva. Cogí un lápiz de mi chaqueta y escribí una nota dejándola dentro del diario.

"Lo siento. Soldado Pasquale Drescher, Escuadrón X

El general nos llamó, es hora de emprender de nuevo nuestro camino. Dio la señal para realizar dos formaciones y todos dejamos lo que estábamos haciendo para incorporarnos lo más rápido posible. Yo cogí la canica, la miré a trasluz, la apreté con fuerza y me uní con mis compañeros. Tomé aire.

Vista al frente... y a marchar. Eins, zwei, drei, vier... enis, zwei, drei, vier...